

Letrillas



POLÍTICA

El presidente manda, pero no gobierna

por **Ricardo Dudda**

A principios de septiembre, Pedro Sánchez acudió al comité federal del PSOE para darse un baño de masas. Acababa de aprobar con ERC un nuevo sistema de financiación para Cataluña que había molestado a algunos miembros del partido, pero nadie lo desafió en la ejecutiva. Hace años que nadie se atreve. Solo lo cuestionan moderadamente algunos “barones” discolos, pero sus críticas son cargas controladas que sirven para transmitir una imagen de pluralismo interno; en realidad, el partido es la plataforma personalista y de promoción del líder. Es un fenómeno común en la política contemporánea; no es algo tan común

en un partido con más de cien años de historia.

Sánchez llegaba al comité para presentarse de nuevo como candidato a secretario general. Era el único candidato. Normalmente eso es algo de lo que cualquier partido debería avergonzarse. El PSOE, en cambio, tituló en su web, con cierto orgullo: “Pedro Sánchez, único candidato a secretario general del PSOE.” Y anunció ya su victoria en el próximo congreso federal del partido, que se celebrará en Sevilla a finales de noviembre. El líder será elegido como está escrito en las profecías. En redes sociales, varios miembros del PSOE y ministros publicaron

vídeos firmando sus avales de apoyo al secretario general. Era muy importante dejar pruebas gráficas, ante la posibilidad de futuras purgas. Aunque los sistemas español y estadounidense son muy diferentes, provoca cierto rubor comparar este cesarismo con la situación del Partido Demócrata de Estados Unidos, que hace unos meses consiguió convencer a su líder y presidente del país de que no se presentara a la reelección.

Sánchez tiene treinta años menos que Biden; tiene todavía por delante una larga carrera política. Al mismo tiempo, es incapaz de gobernar. Este año ha estado marcado por la sequía legislativa. Ha podido aprobar muy pocas leyes, ha sufrido más de treinta derrotas parlamentarias, y la ley más importante que ha conseguido aprobar, la de la amnistía, fue tan polarizante, y alteraba tan radicalmente las reglas del juego, que habría requerido de un mayor consenso. Tampoco ha podido aprobar los presupuestos de este año; es rehén de los siete votos del partido independentista Junts, que ha recibido ya varios regalos desde que gobierna Sánchez (indultos, amnistía, financiación propia y varias promesas más) pero se ha dado cuenta de que puede seguir pidiendo indefinidamente.

Ante esa incapacidad de aprobar leyes, y de gobernar efectivamente, muchos líderes deciden convocar elecciones. Quizá su partido podría avisarle de que gobernar no es solo ocupar la Moncloa, sino aprobar leyes. El propio Sánchez, en febrero de 2018, le reprochó a Mariano Rajoy: “Si no puede contar con una mayoría

parlamentaria para aprobar los presupuestos generales del Estado, el presidente del Gobierno tiene que convocar a los españoles a las urnas.” Y continuó: “Un gobierno sin presupuestos es tan útil como un coche sin gasolina” y “Un gobierno que no tiene presupuestos es un gobierno que no puede gobernar, porque no puede hacer nada.” La mejor oposición al Pedro Sánchez de hoy es el Pedro Sánchez de hace unos años; a veces, es el Pedro Sánchez de hace unos meses.

El presidente está acostumbrado a la interinidad y la excepcionalidad. Tampoco le importa gobernar ejecutivamente. En el discurso que dio en el comité federal, dijo: “Vamos a avanzar con determinación, con o sin apoyo de la oposición.” “Con o sin concurso del poder legislativo.” Sus palabras tuvieron tanta resonancia en la prensa y la oposición que incluso el periodista Michael Reid las citó en un duro artículo de *The Economist* titulado “Pedro Sánchez se aferra al cargo a costa de la democracia española”. Pero, en el fondo, no son más que la confirmación verbal de la estrategia que lleva años aplicando el presidente. Por un lado, su gobernanza es *moderna*: está basada en decisiones ejecutivas y unilaterales que demuestran que él es el único soberano. Ha sido el presidente que más ha abusado de los decretos leyes, que le permiten sortear el Parlamento y, según la Constitución, solo deben usarse en casos de “extraordinaria y urgente necesidad”. Por otro lado, ejerce una gobernanza *posmoderna*, basada en proyectar la idea de que tiene más poder del que tiene. En 2018, poco después de la moción de censura que llevó a Sánchez al poder, la por entonces portavoz socialista Adriana Lastra definió muy bien esa estrategia performativa del gobierno: “Tenemos 84 diputados que valen por 176.” Obviamente sus 84 diputados valían por 84 diputados, por eso tuvo que convocar hasta dos veces elecciones en 2019. Durante años ha intentado convencer a la ciudadanía de que su incapacidad para gobernar es

culpa de la oposición que le bloquea, y no de su debilidad parlamentaria y lo inestable que es su coalición.

Lo que siempre le ha importado a Sánchez es seguir en la Moncloa. Su visión de la presidencia es muy *presidencialista*. España es una democracia parlamentaria, pero eso no tiene por qué saberlo la ciudadanía. El presidente hace y deshace porque para eso es el presidente. Y si el sistema no permite manga ancha y discrecionalidad absoluta, la solución es actuar como si uno estuviera haciendo más de lo que realmente puede hacer.

El poder, según Sánchez, no se explica. El poder se ejerce. A su desprecio por el Parlamento y la fiscalización se añade una irritante arrogancia. En su estilo de gobierno no hay pedagogía ni ejemplaridad. El presidente no explica sus medidas, ni siquiera las más trascendentales. Durante los meses previos a anunciar su ley de amnistía se dedicó a defenderse de los críticos sin haberse dirigido nunca a la ciudadanía ni haber presentado aún la ley. Lo mismo ha ocurrido más recientemente con el “concierto catalán”, el cambio de la financiación autonómica que ha prometido a ERC. Es una propuesta que cambiará radicalmente cómo se sufraga el Estado de bienestar, y que promueve claramente una desigualdad fiscal. El presidente no siente que tenga que explicar formalmente a los ciudadanos por qué es tan importante esta reforma. Gobierno con una estrategia de hechos consumados: cuando ya ha tomado una decisión, se dedica a justificarla a trompicones, sobre todo como respuesta a las críticas de la oposición. Utiliza las instituciones como instrumentos de propaganda: las ruedas de prensa posteriores a los consejos de ministros son mítines del partido (la diferencia entre partido y gobierno hoy es nula) en los que los portavoces del gobierno dedican una vergonzosa cantidad de tiempo a criticar a la oposición. Es una actitud que transmite impotencia y un complejo de inferioridad.

A veces esa falta de pedagogía es consecuencia de una arrogancia y de la sensación de que *lo bueno* no hace falta explicarlo. Lo bueno, que es lo que el presidente ofrece porque forma parte de *los buenos*, es autoexplicativo. Pero en otras ocasiones su silencio ante cuestiones trascendentales es por simple supervivencia. Sabe, en el fondo, que la sociedad no está de acuerdo. A veces parece que ni siquiera el gobierno está de acuerdo. No se me ocurre ningún otro líder político que haya tomado tantas decisiones trascendentales con las que, en el fondo, parece que discrepa. Si las toma no es porque piense que es lo mejor para el país, sino porque piensa que es lo mejor para que él pueda seguir en el poder. ~

RICARDO DUDDA es periodista y miembro de la redacción de *Letras Libres*. Es autor de *Mi padre alemán* (Libros del Asteroide, 2023).

PERIODISMO

Margarita Landi: un caso

por **Amelia Castilla**

Margarita Landi (Madrid, 1918-Albandi, Asturias, 2004) nos enseñó a los periodistas de sucesos que llegamos cuando ella llevaba tres décadas persiguiendo a los malos que una información debe contener testimonios de todas las partes y fotografías de las víctimas, aunque haya que arrancarlas del álbum familiar. Empezó en el oficio en los años cincuenta del siglo pasado, cuando las mujeres no podían sacar dinero del banco sin permiso de sus maridos. A finales de los años ochenta ella seguía fumando en pipa, protagonizaba programas en

Televisión Española sobre crímenes y distaba mucho de ser el icono en que se ha convertido. En aquel tiempo, los muertos, como se conoce al género en el argot, tenían fama de haber sido usados por el franquismo para entretener al pueblo.

Margarita Landi, la rubia del velo y la pistola (Alianza editorial) es la primera biografía de la periodista. Narrada en primera persona, se articula como una conversación entre la reportera y el fotógrafo que viaja con ella en busca de la noticia por las carreteras de España. En el coche, que ella conduce, Landi va desgranando su apasionante historia, casi tan jugosa como su trabajo. Huérfana desde niña, conoció la dictadura de Primo de Rivera, la República y vivió en el Madrid asediado por los sublevados durante la Guerra Civil. El colegio de monjas francesas donde estudiaba fue incautado por los milicianos, sufrió los bombardeos de la Luftwaffe y fue interrogada junto a su familia por su vinculación a la prensa en una checa comunista. Pero ella era una superviviente. En plena guerra se alistó en una ambulancia de Urgencias, la misma que trasladó al líder cenetista Durruti, herido de muerte, hasta el hospital instalado en el madrileño Hotel Ritz. A los dieciocho años se casa con un ingeniero obligado a combatir en el ejército equivocado. Juntos lograron pasarse al bando nacional pero una tuberculosis la dejó viuda y con un hijo.

En 1952, tras tres meses de trámites burocráticos y de asumir los requisitos políticos que impuso el régimen (la defensa de España y hablar siempre bien de la policía, entre otros), el periódico *El Caso* salió a la calle. Ella brillaba entonces como reportera en *La moda de España*, revista vinculada a Falange, pero pasó sin transición a narrar los bajos fondos. Escribía con “frialidad y humor”, tenía “olfato e intuición” y era “terca y orgullosa”, recuerdan los biógrafos Javier Velasco Oliaga y Maudy Ventosa.



JAVIER VELASCO OLIAGA Y MAUDY VENTOSA
MARGARITA LANDI, LA RUBIA DEL VELO Y LA PISTOLA
 Madrid, Alianza editorial, 2024, 416 pp.

Como guinda del pastel, lucía un aire hollywoodense: melena rubia ondulada, cejas perfiladas, traje de chaqueta ceñido y tacones. En el bolso guardaba un velo, como *atrezzo* para infiltrarse en los funerales y una pistola por si acaso.

El libro se lee como una historia criminal de la época, a través de los sucesos que investigó para *El Caso*, la primera publicación del género tras la contienda. Oficialmente en España no se mataba y, si se hacía, no se podía escribir sobre ello. Landi se convirtió en la periodista elegida para informar sobre los casos de la Brigada de Investigación Criminal (BIC), con la que presenció y participó en interrogatorios. Su primer contacto con los maleantes fue una banda de descuidados que lo mismo se apropiaban de un coche que de una olla de una portera con un cocido de garbanzos dentro.

Con el tiempo *El Caso* cambió su línea editorial y acabaría siendo uno de los periódicos más censurados por el régimen. Y con Landi a la cabeza. A la lista de crímenes de amantes despechados, sádicos, envenenados y violadores —muchos de ellos sin resolver— se suman acontecimientos

históricos como el proceso de Burgos contra militantes de ETA, el secuestro de una nieta del dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo, el caso del Arropiero (nuestro primer asesino en serie), las fugas de El Lute, el crimen de los Galindos, el atentado de la calle del Correo en Madrid o la matanza de Puerto Urraco. Landi estuvo allí y, como cuenta la leyenda, a veces llegaba antes que la policía.

Ahora que tan de moda se ha puesto el *true crime*, la biografía de la pionera del género suena con aroma de folletín. Hay tanta documentación y son tantos los crímenes que cubrió por toda la geografía española —llegó a viajar en burro para acceder al lugar de los hechos— que acaban por apabullar al lector con tanta sangre vertida. Conviene leerlo en pequeñas dosis para asimilar tanta maldad. El libro se lee también como una breve historia de la investigación policial y los cambios experimentados en los últimos años, tanto en materia forense como en la preparación del personal.

Hoy ningún cabo dispararía contra un cerrojo para abrir la puerta de una alcoba y cargarse, de paso, todas las huellas, como sucedió en el crimen de Los Galindos, donde murieron cinco personas en julio de 1975.

La biografía ilustrada con fotografías incluye también algunas portadas de *El Caso*: “Paquito (9 años), muerto de 47 puñaladas por un sacerdote en un rapto de locura” o la penúltima detención de El Lute, famoso por sus fugas: “Contra todo pronóstico lo cogieron vivo.”

Muchos de los asesinatos que investigó quedaron sin resolver, pero Landi no creía en el crimen perfecto. ~

AMELIA CASTILLA es periodista cultural y escritora. Entre sus libros recientes se encuentra *Mis entierros de gente importante* (Demipage, 2022).

FILOSOFÍA

Atilano Domínguez, el amigo de Spinoza

por Luciano Espinosa

Esta breve nota quiere rendir homenaje a Atilano Domínguez y su gran labor a la hora de acercar y difundir la obra de Baruch Spinoza en castellano, hasta el punto de que ambos nombres están ya indisolublemente asociados en nuestra lengua. Haya un mayor o menor acuerdo con su interpretación general del autor holandés, lo que importa es agradecer la ingente aportación de materiales de toda índole –como se verá luego– que facilitan enormemente su conocimiento en muy diversos registros. Se puede decir incluso que supone una labor excepcional, si no única, en la

medida en que muy pocos de entre los grandes pensadores han recibido un tratamiento semejante y con tales resultados prácticos por parte de un estudioso.

En absoluto resulta exagerado afirmar que el profesor Atilano Domínguez ha *consagrado* una vida profesional –y en parte personal– de cincuenta años a la tarea de arrojar luz sobre esa filosofía, mediante las traducciones de todas sus obras –excepto la peculiar *Gramática de la lengua hebrea*–, decenas de estudios de diferente extensión, análisis sistemáticos de temas, amplios compendios bibliográficos, un detallado acercamiento biográfico junto a la contextualización histórica, cronologías, índices cruzados de toda clase, catálogos y noticias, organización de congresos y otras actividades académicas y de divulgación. En resumen, su trabajo ha facilitado extraordinariamente el acceso a Spinoza desde casi todos los ángulos posibles, poniendo a disposición de los interesados los medios y recursos necesarios para la reflexión sobre un autor que no ha dejado de ganar presencia con el paso del tiempo.

Ese quehacer se inició con su tesis doctoral titulada *Conocimiento de salvación. La filosofía de Spinoza* (1973), donde ya se perfilaba una visión global del caso. El enfoque consistía desde el comienzo en mostrar el carácter sistemático de un pensamiento que no disocia la teoría metafísica y epistemológica de la praxis ética y política, dada la trabazón –acaso más lograda que en otros filósofos– de un proyecto de emancipación personal y colectiva ciertamente innovador y aun revolucionario en pleno siglo XVII. El judío de Ámsterdam es, como todos, hijo de su tiempo, pero atesora un *estilo* de pensar y un núcleo de ideas harto singulares que tienen algo de perenne o sapiencial, de ahí que sea útil seguir pensando desde Spinoza en nuestra época. No se trata solo de que los clásicos nunca se agoten, sino de que este se presta particularmente a ello, como

bien sabe nuestro profesor, por eso añadiré algo al respecto más adelante.

Demos un salto para mencionar la convocatoria y organización por parte de Domínguez y sus ayudantes de dos grandes congresos internacionales en Almagro, cuyas actas fueron publicadas con los siguientes títulos: *La ética de Spinoza. Fundamentos y significado* (1992) y *Spinoza y España* (1994). La intención de estas reuniones científicas, con asistencia de bastantes de los mejores especialistas mundiales del momento y también de estudiosos noveles como el que esto escribe, era promover la investigación sobre el autor en nuestro país, y nada mejor que ocuparse de esos dos grandes temas, que a su vez resumen los que quizá sean sus principales intereses como erudito. Además de ello, el otro gran resultado de aquella primera cita en Almagro fue la creación del Seminario Spinoza de España, del que Atilano Domínguez fue impulsor y primer presidente, poniendo en marcha una asociación dedicada a continuar con reuniones y publicaciones periódicas el análisis y la difusión de la filosofía spinozista, y cuya actividad ha llegado hasta hoy.

Una de las cosas más destacables es que ha revisado de manera incansable sus tareas de traducción, edición y aportación de materiales que veían la luz a lo largo de los años, sin conformarse nunca con los resultados. Fuera para corregir, matizar o añadir nuevos elementos, los frutos de los últimos años son concluyentes y hablan por sí solos: en 2019 lanzó el monográfico *Spinoza. Vida, escritos y sistema de filosofía moral* (528 páginas), un estudio que ofrece en treinta capítulos un retrato global de Spinoza, tanto en lo personal como en lo filosófico, y en 2021 apareció la edición más completa de las suyas, *Spinoza. Obras completas y biografías* (1512 páginas), con una introducción general de unas 150 páginas, que incluye una abundante bibliografía ordenada por temas, más un índice analítico integrado de unas noventa páginas y otras 250 páginas de notas,



proyecto democratizante. Spinoza, en fin, equipara potencia, saber y gozo bajo la guía de la razón y quiere compartir ese deseo ilustrado con todos, a lo que contribuye Atilano Domínguez como valiosísimo mediador. ~

LUCIANO ESPINOSA es profesor titular de la Universidad de Salamanca y autor de una tesis doctoral sobre Spinoza.

MÚSICA

Dylan en banda

por **Rodrigo Fresán**

por dar una muestra del aparato crítico complementario. Se trata, pues, de una presentación exhaustiva del holandés, puesta al servicio de la traducción de sus obras en un solo volumen, todo lo cual reúne y filtra una inmensa información para el lector.

Conviene añadir que esta labor que culmina y recoge los frutos de su trayectoria fue realizada por un hombre octogenario (hoy al pie de los noventa años) con una capacidad de trabajo admirable, pero más grande aún es el respeto que expresa por el pensamiento de Spinoza. Voluntad de excelencia en este servicio intelectual llevado hasta las últimas consecuencias, por tanto, y que sirve además de acicate para la investigación y la edición llevadas a cabo por otros. En definitiva, ahí están los materiales esenciales para seguir indagando en una filosofía que parece inagotable, por mucho que deba respetarse la distancia histórica que nos separa de ella.

En este sentido, pueden mencionarse algunos de los rasgos que todavía parecen hartamente sugerentes, toda vez que escapa a bastantes etiquetas y propone formas lúcidas de abordar la reflexión y la acción, pues teoría y praxis van de la mano como en todo gran pensador. Me parece que el naturalismo complejo de Spinoza muestra la confianza de pertenecer a lo absoluto (*Deus*

sive natura), sin que pueda ser adscrito al materialismo ni al idealismo, como tampoco al ateísmo o al espiritualismo convencionales, y acaso en esa fuga de la oposición dualista estribe su profunda heterodoxia. Hay en él una mirada *neutra* que ataca la superstición al desantropomorfizar lo real, en la medida en que no lo moraliza ni busca algún Sentido o designio dados, pues no hay diseño finalista, a la par que remite las decisiones morales y políticas al ámbito cultural que es el propio del ser humano. Así, por ejemplo, propone una “ética de potencias en lugar de una moral de deberes” (Deleuze *dixit*), donde la alegría es el índice genuino de la sabiduría; o se sitúa en la tradición republicana del realismo político basado en la defensa de la libertad colectiva, pero sin olvidar la autonomía del individuo, siempre desde el reparto equilibrado del poder y con respeto escrupuloso a los procedimientos que regulan la elección y el funcionamiento de las instituciones. Por otro lado, defiende la búsqueda de la utilidad en todos los planos, lejos por igual del utopismo y de la voluntad de poder que define a la modernidad, y precisamente por ello suma fuerzas en la empresa cognoscitiva (los tres géneros de conocimiento aportan recursos), y cuenta con la mayoría iletrada de los ciudadanos en cierto

Ahora —con la distorsionante perspectiva de los años y la creciente precisión de la leyenda— pueden teorizarse ciertos hechos y asegurarse unos cuantos rumores: por entonces —mediados de esa compleja década de los setenta que, para el mundo de la música popular, ya no era tan acuariana y podía diagnosticarse como más bien cancerosa— el hombre no estaba en problemas pero sí se sentía muy problemático. Su aguilón perfil de icono contracultural se había desafilado; sus últimos álbumes (*Nashville skyline*, *Self-portrait* y el infravalorado *New morning*) sonaban a sus adoradores como postales de un burgués incómodamente acomodado; su reciente *hit* (“Knockin’ on heaven’s door”) era música de película; su para muchos retorno a la protesta (“George Jackson”) se recibía como algo calculado y *topical-by design*... Y acaso lo más irritante de todo: su matrimonio estaba en problemas y su relación con la CBS Columbia (su discográfica desde el principio) ya tenía el autómata-rutinario ritmo de una pareja demasiado asentada. ¿Qué hizo Bob Dylan entonces? Sencillo: irse de casa y volver a la carretera (con todo lo que eso implicaba), buscarse nueva amante discográfica (la

flamante y de moda Asylum Records de David Geffen) y reencontrarse con viejos colegas de juergas (The Band) en tour orquestado por el *super-impresario* Billy Graham. Y, sí, The Band –Rick Danko, Levon Helm, Garth Hudson, Richard Manuel y Robbie Robertson– también estaba en una situación complicada. Habían arrancado como The Hawks junto a Ronnie Hawkins; se habían convertido en la banda de Dylan durante esa gira en la que el cantautor se electrificó para electrocutar a buena parte de sus de pronto indignados adoradores; le había acompañado en su retiro/exilio interior en Woodstock que dio lugar a *The basement tapes*; y luego se había convertido en un milagro de multinstrumentistas que inventaron la pionera-fronteriza idea del género *americana* con *Music from Big Pink* (1968) y *The band* (1969) y *Stage fright* (1970), y demostraron su poderío en directo en *Rock of ages* (1972). Pero el vital y mosqueteril quinteto comenzaba a crujir por consumo de sustancias y egos consumidores. Así que por qué no juntarse no a lamerse las heridas a solas sino a todos juntos enorgullecerse de las no tan viejas pero sí muy gloriosas cicatrices. Entonces, *pack* perfecto: gira-monstruo multimillonaria especialmente diseñada para estadios/arenas con Dylan –descartando muy contadas y breves apariciones en conciertos benéficos y festivales para su beneficio– volviendo al frente de batalla. En 1974 y por primera vez desde 1966. Y, además, acompañar con álbum *souvenir* de canciones nuevas registradas en menos de una semana como parte del merchandising. Así, las entradas se agotaron en tiempo récord, la recaudación fue millonaria y el flamante LP, *Planet waves*, se convirtió en el primer número uno en las listas de ventas del responsable de “Blowin’ in the wind” y “Like a rolling stone”. Y así Bob Dylan también inventó el *mega-corporate-big-return-tour* para grandes superficies, con avión particular y suites deluxe y



venta de entradas por correo y reventa puerta-a-puerta y portada de *Newsweek* –además de *Rolling Stone*– con el titular “DYLAN’S BACK”.

Y, de acuerdo, *Planet waves* a muchos les pareció un poco *by numbers* y con piloto automático (aunque contenía *tracks-bits* más que atendibles como la abandonica “Going, going, gone” y la paternal “Forever young”, joyas casi secretas como la preciosa “Hazel”, la autobiográfica-selectiva “Something there is about you”, el magnífico bosquejo pero muy inspirado “Never say goodbye”, la carnal “Tough mama” y, de algún modo y ya prefigurando esa cima que al año siguiente, ya de regreso en la CBS, sería *Blood on the tracks*, sanguíneos surcos divorcistas como “Wedding song” y “Dirge”). Y *Before the flood* –doble álbum *live*, primero para Dylan, también de 1974– alcanzó el número tres en *Billboard*. Pero, digámoslo, el *momentum* no tenía la trascendencia en directo de sus inicios denuncia-folkie-joker, de su visionarios y anfetamínicos giros de 1966 (o –aún por delante– de la procesión cuasi gitana marca Rolling Thunder, de la elegancia *à la* Las Vegas en Tokio, de la furia bíblica de su transformación en cristiano renacido, de su éxodo por fértiles tierras baldías del Never Ending Tour en los ochenta-noventa, hasta su presente

y gloriosa encarnación como cowboy crepuscular que todavía nos debe una gran caja en toda regla de sus shows desde principios de milenio hasta ahora mismo. Reconocerlo, admitirlo, confesarlo: hay *boxes* y *bootleg series* de más peso y altura.

Aun así, este recién aparecido *The 1974 live recordings* medio siglo después –y de paso esquivando así la entrada en dominio público– reúne, en 27 CD, 431 versiones de un menú de unas 32 canciones, 417 de ellas hasta ahora nunca editadas oficialmente (pero no incluyendo, a diferencia de *Before the flood*, canciones de The Band haciendo lo suyo sin Dylan). Todo esto a lo largo de cuarenta conciertos que incluyen matinés, treinta noches y veintiún ciudades norteamericanas y que posee, como todo artefacto dylaniano, su imprescindible fascinación. Así, una banda que parece rodar cuesta arriba desarmándose y armándose al mismo tiempo. Y un cantante como escupiendo versos y por momentos (sobre todo en el set acústico y en solitario, a destacar “Just like a woman”) sonando casi asqueado por sentirse por primera vez un interpretador de *greatest hits* para un público que lo visita como si fuese esa Mona Lisa con sonrisa de *highway blues* en “Visions of Johanna”. Ya no icono generacional, Dylan parece bandido degeneracional. Y no: este

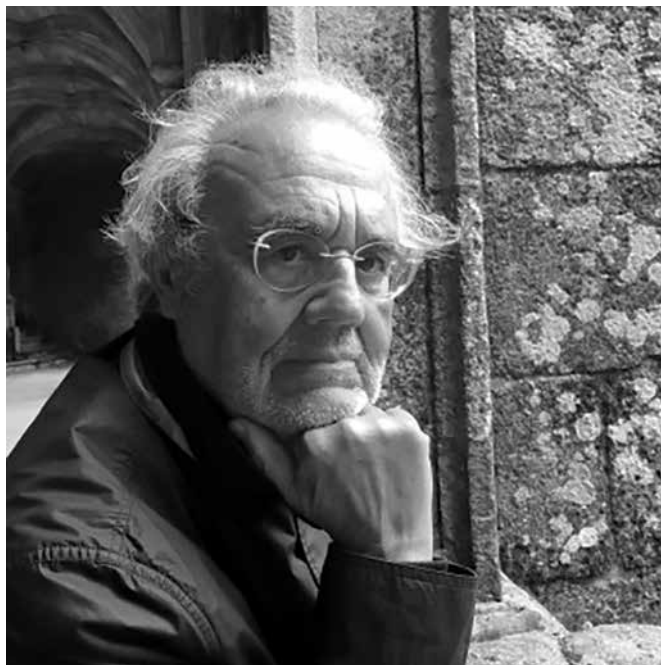
no es aquel “delgado y salvaje sonido mercurial” sino, más bien, una robusta y domesticada resonancia plomiza (pero de plomo disparado a quemarropa y con puntera puntería). “Dylan luce y suena como alguien subido a un camión más que dispuesto a atropellar a lo que para tantos son algo así como himnos nacionales”, definió alguien. Tal vez, por eso, este feroz y despectivo “Most likely you go your way and I’ll go mine” —según el dylanólogo Greil Marcus uno de los momentos imprescindibles del artista en escena— abriendo y también cerrando buena parte de los shows y mostrando los dientes con regocijo y asco casi punk.

Años después, Dylan despreció todo el asunto con un “no fue otra cosa que Bob Dylan actuando de Bob Dylan y The Band actuando de The Band. Fue pesado, fue lo más difícil que hice hasta entonces: me tuve que poner mis zapatos de Bob Dylan”. Y The Band reconoció que “fue bueno para nuestros bolsillos pero no tan bueno para nuestras almas”. En 2016, en su memorioso *Testimony*, Robbie Robertson pareció más complacido al evocar la última fecha del tour en Los Ángeles: “Entonces Bob no tomó prisioneros y The Band flotó como una mariposa y picó como una abeja.” Afuera, lo más pirateado eran las Watergate tapes; Dylan le respondía a un periodista que “No me interesan mucho los presidentes, prefiero los reyes y reinas”; y el público enloquecía cuando, a la altura de “It’s alright, ma (I’m only bleeding)”, proclamaba que “Hasta el presidente de los Estados Unidos a veces tiene que mostrarse al desnudo.” La leyenda cuenta que entonces, en el primer concierto de la gira, el público encendió sus encendedores: y que esto era la primera vez que sucedía. Verdadero o falso, el fotógrafo oficial del tour, Barry Feinstein, fotografió ese paisaje y lo utilizó para la portada de *Before the flood*. Cincuenta años después, el cálido resplandor de esas pequeñas antorchas ha sido reemplazado por la frígida luz

de los teléfonos móviles. Y cualquier noche como estas Bob Dylan —siempre revolucionario y revolucionante— no los permite en sus conciertos y los decomisa a la entrada y los devuelve a la salida; cuando lo más seguro es que,

como desde siempre y hasta el final, nosotros nos iremos por nuestro lado y él se irá por el suyo. ~

RODRIGO FRESÁN es escritor. Su libro más reciente es *El estilo de los elementos* (Literatura Random House, 2024).



MEMORIAS

El cuento, el cine y la vida

por **Daniel Gascón**

Vida y maravillas son las memorias del cineasta y escritor Manuel Gutiérrez Aragón (Torrelavega, Cantabria, 1942), y empiezan como un cuento. Un niño enfermo, encamado a causa de una mancha en el pulmón, atendido por familiares. Hay una propensión a la sospecha o la fantasía: se pregunta si la carne que comen no será en realidad de la criada. “La familia es un pozo sin fondo de simulación y extrañeza.” Hay familiares pintorescos: algunos

vienen de Cuba, un tío falangista estuvo preso en el barco-prisión fondeado en Santander *Alonso Pérez* (donde fueron masacradas 156 personas), la abuela se lleva al nieto al baño y le canta y se fuma un puro. Hay criadas republicanas. La familia es de los vencedores de la guerra civil, pero están llenos de vínculos con quienes la perdieron. El padre es veterinario y a veces lleva al hijo por los pueblos, para atender a algún toro hinchado por comer

lúpulo. “Tus hermanos y tú sois hijos de la libido”, le dice al crío. La noche es el momento del miedo y del deseo, que a veces llega en forma de ensoñación. La imaginación se alimenta de la observación de los adultos y sus extrañas costumbres.

El niño, el autor del libro, se cura con el cuento: por ejemplo, con Rip Van Winkle, pero también con la capacidad de narrar historias, y en cierto modo de vivirlas, como muestra al recordar sus tiempos de estudiante. Descubre a autores como Baroja, Azorín y Unamuno, y aprende nuevas formas de contar. Se va a Madrid, a estudiar en la Facultad de Filosofía. La misma película anticomunista (*¡Viva Zapata!*) le hace interesarse en el comunismo y en el cine. Milita, vive las reuniones de la clandestinidad y los debates entre las organizaciones izquierdistas, con los debates sobre el revisionismo. Da largas caminatas hablando con amigos; no tiene dinero. Conoce a Federico Sánchez, le impacta la muerte de Julián Grimau a manos de la policía. Consigue entrar en la Escuela de Cine; no era fácil. Le da clase Carlos Saura, antipático y brillante, lo que se espera de un director de cine; coincide también con Borau, con quien trabajará (por ejemplo, en *Furtivos*) y con quien tendrá una amistad basada en los desacuerdos. Se hace guionista y más tarde director, y cuenta bien los rodajes. Siempre tiene una observación perspicaz, práctica, afilada. Adapta *El proceso* de Kafka (y Peter Weiss) al teatro, y el *Quijote* al cine. Tras el ambiente de la resistencia antifranquista (con viaje a la China posrevolución cultural), donde además de la lucha contra el régimen están las disputas internas y cambios decisivos pero a su juicio poco atendidos en los sesenta, llega el del comienzo de la democracia, donde parte de esa izquierda se vuelve culturalmente

hegemónica. Habla de las tertulias y del genial premio al Tonto contemporáneo, que también describía Miguel Ángel Aguilar en sus memorias *En silla de pista*.

El libro es irónico e inteligente, preciso y poco sentimental. Gutiérrez Aragón narra con fluidez admirable y muestra un raro talento para el retrato. Es ligero y profundo, culto sin pedantería. Por las páginas del volumen aparecen Chicho Fernández Ferlosio, Fernando Sánchez Dragó, Lourdes Ortiz. Describe a Nicolás Sartorius, a sus compañeros de generación cinematográfica, a Juan Marsé, a Jaime Gil de Biedma, a Javier Pradera: “le leía la cartilla a todo el mundo, empezando por sus amigos sociatas. Estaba vigilante e impartía doctrina, más clara en su conversación frente a frente que en la densa prosa de sus artículos de opinión”; “Nunca existió una figura equivalente entre nosotros, ni nadie fue tan influyente en términos políticos como él.” Dedicar un capítulo memorable a la relación entre Bardem y Berlanga, y explica cómo el prestigio pasó de uno a otro. Son muy divertidas las anécdotas que cuenta de Juan Luis Galiardo. Habla con afecto de actores y actrices con los que trabajó, como Ángela Molina, Cristina Marcos, Ana Belén, Fernando Rey o Alfredo Landa; de técnicos y amigos con los que hizo cine como Pablo del Amo, Luis Cuadrado —el director de fotografía de *La caza*, *El espíritu de la colmena* o *Furtivos*, que se quedó ciego— o José Luis García Sánchez. Cuenta una cena con Francisco Umbral y Eduardo Haro Tecglen, del que dice: “Haro era duro con los autores, con los amigos, con sus hijos. Amaba a los perros.” Al salir de un ensayo se encuentra al teórico y director Juan Antonio Hormigón, que se lamenta: “Manolo, esta democracia es una mierda.” La razón es que no le han llamado para dirigir ninguna obra en el Centro Dramático Nacional.

Mira a los presidentes de gobierno como si fueran actores: Aznar le

recuerda a Fred MacMurray, pero también a Lola Gaos; Felipe González, a Marlon Brando (“Con el tiempo, Brando engordó mucho y perdió encanto. Felipe también”); en Zapatero ve a un “émulo menor de Jim Carrey”, mientras que Mariano Rajoy “siempre apareció como uno de esos secundarios de película que pueden hacer de cualquier cosa: cruzando una calle, haciendo de cartero o, como mucho, en el papel del peluquero”. Pedro Sánchez es guapo, pero “misteriosamente no es fotogénico”; “es, como mucho, un actor secundario de telenovela venezolana”. Javier Solana, a quien define como el mejor ministro de Cultura (y a González el mejor presidente del gobierno), le reprocha una foto protocolaria con Aznar tras una reunión sectorial: “Sí, pero es que tú salías sonriente”, dice.

Además del relato de una vida, y de la descripción de una trayectoria destacada en la cultura de nuestro país, con películas importantes (de *Habla, mudita* y *Camada negra* a *Los demonios del jardín* o *Todos estamos invitados*, pasando por su adaptación televisiva del *Quijote*) y novelas valiosas, y de la descripción de un contexto político y estético, *Vida y maravillas* tiene muchas observaciones lúcidas, desmitificadoras y útiles sobre el oficio del contador de historias: sobre la naturaleza de la ficción o las metáforas, sobre lo que alimenta al narrador (muchas veces, otro medio distinto al que practica), sobre cómo se enfrenta a un rodaje o la escritura de un guion, sobre las sombras no deseadas en el cine y las que necesitas aunque no se entienda de dónde vienen. No puede haber una película sin sexo: “No hay película inocente. Porque un cuerpo filmado siempre es excitante.” Pero tampoco hay que contar todo: a fin de cuentas, “Nada hay más valioso que un secreto bien guardado.”~

DANIEL GASCÓN es editor de *Letras Libres* y columnista de *El País*. En 2023 publicó *El padre de tus hijos* (Random House).



CORRESPONSAL EN EL FUTURO

Evocáis todas las cosas

por **Mariano Gistáin**

El cerebro de una mosca contiene el universo. Los científicos han cortado el cerebro de una mosca común en rodajas, finas lonchas de neuronas, haces de cablecitos con sus conexiones.

Así pues el cerebro de la mosca común contiene el multiverso y sus infinitos universos tal vez paralelos.

Leibniz estaba muy interesado en las moscas, al menos las nombraba bastante en los miles de manuscritos que aún no han sido leídos en su totalidad: por lo visto las menciona a menudo en sus escritos, sean de ciencias naturales, de inventos prácticos o de filosofía, si es que se pueden diferenciar tanto en la Ilustración del Barroco.

Leibniz inventó un clavo que al querer sacarlo se hinca más. Lo cuenta Michael Kempe en el libro *El mejor*

de los mundos posibles. Los 7 días que cambiaron la vida de Leibniz (Taurus, 2024), apasionante y algo embarullado, pues quiere contar la vida cotidiana, lo que ha comido Leibniz y qué peluca lleva, y cuesta llegar al meollo, que lo tiene. El problema es estirar las cosas, las series, los libros, las novelas, las frases, este artículo.

Explica Kempe que “Lo que constituye el núcleo de la filosofía de Leibniz” es “la idea de que lo malo del mundo es necesario para la realización de lo bueno”.

Por seguir con el hilo, la mosca contiene el universo, de acuerdo, pero no es el mismo universo que ve un humano o un bot, por citar dos casos próximos. La mosca común procesa doscientas imágenes por segundo y el humano procesa veinte imágenes

por segundo —esto también lo escribe Kempe, pues el libro dedica bastantes párrafos a Leibniz y las moscas. (El humano procesa entre 35 y 60 destellos o flashes por segundo y la mosca puede llegar a 250, así que se supone que el tiempo pasa más despacio para ellas, que verían a los humanos como en *Matrix*, en cámara lenta.)

El caso es que el cerebro de la mosca mapeada —todo un hito, excepto para ella—, tiene 139.255 neuronas y unos cincuenta millones de conexiones o sinapsis. El youtube del mapa es apasionante. Está en la web de FlyWire Consortium (flywire.ai), que reúne a investigadores de varios países. Todo con IA y repaso manual. El material lo comparten en la web. (También, en 2018: “Los científicos del Campus de Investigación Janelia de HHMI han tomado imágenes detalladas de todo el cerebro de una mosca de la fruta hembra adulta utilizando microscopía electrónica de transmisión.” “Nunca antes se había fotografiado todo el cerebro de la mosca en esta resolución que te permite ver conexiones entre neuronas”, [temca2data.org](https://www.temca2data.org/).)

Y gracias a estos materiales en abierto hemos recreado el pensamiento de esta mosca concreta, o sea, la hemos revivido o resucitado, eso sí, en una simulación informática porque debido a la entropía no es fácil pegar las rebanadas y ponerlas en marcha. (¡Leibniz también menciona casos de moscas ahogadas o muertas que eran reanimadas!) Como es lógico, hemos bautizado a este empeño *Proyecto Machado*, y lo que vamos viendo lo publicamos también aquí y ahora para uso y disfrute de cualquiera, siempre que se tenga presente que —al igual que el propio universo— es todo inventado.

Aunque la mosca contiene el mundo solo lo vive en presente, es decir, no guarda nada porque no tiene capacidad para tantos bits. Nos acogemos a la ortodoxia que dicta que todo cambia y que el universo hace un nanosegundo era diferente.

Así que la mosca común, *Drosophila melanogaster*, tiene poca memoria. Su universo, pues, es instantáneo, puntual, efímero. De ahí la frase apócrifa recién adjudicada a Leibniz y/o a Spinoza (se vieron en 1676): “La realidad es un sentimiento fugaz.”

Otra cosa curiosa es que la mosca se comunica con su volar de modo que el trazado de arabescos, volutas y figuras aparentemente caprichosas y aleatorias, entraña –como todo siempre– un mensaje. O sea, las moscas no vuelan a tontas y a locas.

Así que el universo que lee este pequeño cerebro de veloces ojos y poca memoria *como entra sale*.

Parece una frase hermética del tipo “como es arriba es abajo”, y quizá lo sea.

De manera que el registro del vuelo es el archivo. Si se pudiera congelar o grabar la figura completa en 360º saldría el pasado. (Claro que para registrar esa cinta de mensajes tipo

gimnasia rítmica –invisible– habría que confinar al espécimen y quizá, al verse encerrada, no emitiera a gusto. Una mosca puede volar quince kilómetros sin parar.)

Así que cuando alguien se distrae contemplando el vuelo de una mosca está viendo (aunque no sea consciente, o quizá sí) el universo en tiempo casi real. Quizá el humano o una máquina *ad hoc* que ya estamos programando podrían transcribir o traducir esa información.

¿Quién no se ha entretenido un momento viendo volar a una mosca? Ahora sabemos que esa distracción, ese embeleso a menudo denostado –“se distrae con el vuelo de una mosca”–, solo es ciencia en ciernes, curiosidad pura.

Machado: *vosotras, moscas vulgares, me evocáis todas las cosas*.

Kempe: “Pues el mundo de las ideas de Leibniz no solo supone que las moscas, al igual que los humanos,

tienen una especie de conciencia, aunque en un grado mucho más bajo. Más bien, según él, los humanos y las moscas están conectados entre sí en el nivel de estados de percepción difusos e infinitamente pequeños, del mismo modo que todo en el cosmos está de algún modo interconectado...”

Según esto *La metamorfosis*, además de su recta parábola, entraña un significado de ciencia anticipada que enlaza a Kafka con Machado y con Javier Tomeo. La escritura que conmueve, que se hace un lugar en el mundo y sobrevive a todo, además de las cualidades propias, literarias, podría contener una revelación del sentido del mundo que la ciencia tal vez encuentre algún día. ~

MARIANO GISTAÍN es escritor. Lleva la web gistain.net y el blog *Veinte segundos en 20 minutos*. Su libro más reciente es *Nadie y Nada* (Prames, 2024).

